

Gran Teatro del Liceo

Empresa Juan Mestres Calvet

Tercer Concierto de Cuaresma 1927

NOTAS AL PROGRAMA

El Amor Brujo

Hay una breve introducción que se inicia con un tema vigoroso; se percibe a lo lejos el rumor del mar. Nuevos motivos que van dando un tenebroso colorido a las sonoridades orquestales, se van sucediendo, tratando de representar el elemento mágico y embrujador que envuelve a toda la acción.

La cueva de gitanos en que se desarrolla la acción, queda iluminada de una claridad misteriosa y aparece (en el traje clásico gitano) el Espectro de un antiguo amante de la protagonista. La orquesta acompaña esta aparición con un motivo que se escucha en la trompeta tocada con sordina.

Sigue luego la danza del Terror, que es un tema de carácter convulsivo, en el que los violines, también con sordina, expresan el terror de Candelas, luchando por ahuyentar el Espectro que la persigue.

En el desarrollo de estos dos temas se une otro característicamente popular, basado en el antiguo "baile de la tarántula", que tiene el mismo origen que la "tarantella" italiana, aun cuando diferente en las formas rítmicas y melódicas.

Entramos en el Círculo Mágico. Candelas murmura la "Romanza del Pescador" mientras haciendo hechicerías y sortilegios pretende librarse del maleficio del Espectro. Durante esta escena se desarrolla en la orquesta un tema misterioso y evocativo.

Suenan las doce, los gitanos retornan a la cueva para cumplir sus ritos de media noche. Todos llevan artefactos de hacer ruido, incluso calderos y panderetas. Candelas arroja un puñado de incienso en el brasero y mientras el humo asciende, bailan todos juntos la "Danza Ritual del Fuego para ahuyentar los malos espíritus", la cual está basada musicalmente en una antigua melodía gitana que canta el oboe y en un tema que desarrollan las trompas y en el cual se nota claramente a pesar de su escritura binaria, reminiscencias del tema con el que se inicia la obra.

Acabada la danza y después de una corta escena entre Candelas y el Espectro (que ha reaparecido rodeado de fuegos fátuos), aquél y éstos se desvanecen al iluminarse la cueva por un rayo de luna.

Pantomima. El motivo con que se inicia tiene un carácter completamente nuevo, dando la sensación de dulzura y optimismo. Está expuesto por el violoncello. Sirve de fundamento a esta escena la cual enlaza con la Danza del Juego de Amor. La base de ésta es un tema desarrollado por la viola en la que ritmos y giros melódicos populares de Andalucía sirven de fondo y trama a la música de esta danza, la cual es interrumpida algunas veces por canciones del mismo origen. Esta escena enlaza con el.

Final (Las campanas del Amanecer). Clarea el día. El segundo tema de la Pantomima se escucha de nuevo con una amplitud creciente. Candelas, ya triunfante del maleficio del Espectro, abandona la cueva por la puerta que le sirve de entrada. Un rayo del sol naciente ilumina la escena y la obra acaba con un alegre repique de campanas.

El Sombrero de Tres Picos

Esta obra, escrita expresamente para la Compañía de Bailes rusos de Sergio Diaghilew (a petición de la cual fué compuesta) se estrenó en el Alhambra Palace de Londres por la referida Compañía en julio de 1919, y en enero siguiente en el Teatro Nacional de la Ópera, de París.

El argumento está basado en la magnífica y popular novela andaluza de D. Pedro Antonio de Alarcón.

De ella ejecutamos en este concierto dos fragmentos: la danza de la molinera y el gran Fandango del final de la obra.

Siete canciones populares españolas

El genio de Manuel de Falla ha sabido conservar en estas canciones toda la belleza de la melodía popular, ya que al armonizarlas sólo ha dado a las mismas un fondo de belleza y una riqueza de ambiente apropiado a la copla que se glosa, y de cuyo ambiente no es posible darse perfecta cuenta por la sola enunciación de las melodías.

EL PAÑO MORUNO

Al paño fino en la tienda
Una mancha le cayó.
Por menos precio se vende
Porque perdió su valor.

ASTURIANA

Por ver si me consolaba
Arrimeme a un pino verde
Y el pino como era verde
Por verme llorar lloraba.

JOTA

I

Dicen que no nos queremos
Porque no nos ven hablar
A tu corazón y al mío
Se lo pueden preguntar.

II

Ya me despido de tí
De tu casa y tu ventana
Y aunque no quiera tu madre
Adiós niña hasta mañana.

SEGUIDILLA MURCIANA

I

Cualquiera que el tejado
Tenga de vidrio,
No debe tirar piedras
Al del vecino;
Arriero semos
Puede que en el camino
Nos encontremos.

II

Por tu mucha inconstancia
Yo te comparo,
Con peseta que corre
De mano en mano
Que al fin se borra
Y creyéndola falsa
Nadie la toma.

NANA

Duérmete niño, duerme,
Duerme, ¡mi alma!
Duérmete lucerito
De la mañana,
Nanita, nana,
De la mañana.

CANCION

I

Por traidores tus ojos
Voy a enterrarlos
No sabes lo que cuesta "del aire"
Niña el mirarlos
"Madre a la orilla madre".

II

Dicen que no me quieres
Ya me has querido
Váyase lo ganado "del aire"
Por lo perdido
"Madre a la orilla madre".

POLO

Guardo una pena en mi pecho
Que a nadie se la diré,
Malhaya el amor, malhaya,
Y quien me lo dió a entender.

Noches en los jardines de España

Esta obra—dedicada al eminente pianista catalán Ricardo Viñes—fue estrenada por la Orquesta Sinfónica de Madrid, bajo la dirección del maestro Arbós. La parte de piano fué interpretada por José Cubiles.

En el programa del día del estreno encontramos las siguientes notas:

"Piensa el autor de estas impresiones sinfónicas para piano y orquesta que, si ha conseguido realizar su propósito, la sola enunciación de sus títulos deberá constituir una guía suficiente para la audición.

"Aunque en esta obra—como debe ocurrir con todas las que legítimamente aspiren a ser musicales—su autor haya seguido un plan determinado desde el punto de vista tonal, rítmico y temático, un análisis detallado de su estructura puramente musical podría quizá desviar del fin para que fué escrita, fin que no es otro que el de evocar lugares, sensaciones y sentimientos.

"Bástenos, pues, indicar que los *nocturnos* segundo y tercero se enlazan sin interrupción por medio de un período en el que, bajo un trémolo melódico de los violines en la región aguda, se esparcen, como en ecos lejanos, las notas que inician el tema fundamental de la *Danza lejano*, terminando el período con un diseño ascendente del piano, en octavas, que resuelve en el *tutti* con que empieza el tercero y último *nocturno*: EN LOS JARDINES DE LA SIERRA DE CÓRDOBA.

"La parte temática de esta obra está basada en los ritmos, modalidades, cadencias y figuras ornamentales que caracterizan el canto popular andaluz, que, sin embargo, muy pocas veces se aplica en su forma auténtica; y el mismo trabajo instrumental estiliza a menudo determinados efectos peculiares a los instrumentos del pueblo.

"Téngase presente que la de estos *nocturnos* no pretende ser descriptiva, sino simplemente expresiva, y que algo más que rumores de fiestas y de danzas han inspirado estas evocaciones sonoras, en las que el dolor y el misterio tienen también su parte."

El Retablo de Maese Pedro

RESUMEN DE LA ACCION

Una *tocata* de carácter rústico (allegretto vivace) anuncia la representación. A poco se alza el telón y, ocupando gran parte de la escena, aparece el retablo, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que lo hacen vistoso y resplandeciente. Junto al retablo se halla Maese Pedro, quien después de agitar fuertemente una campanilla para hacer callar la música, canta su pregón, invitando a cuantos se hallan en la venta a presenciar el espectáculo. Acuden entonces los personajes reales, siendo los últimos en llegar Don Quijote y Sancho. Todos se van deteniendo ante la embocadura del retablo, examinándolo con gran curiosidad; luego se acomodan para presenciar el espectáculo, quedando ocultos a la vista del público, a excepción de Don Quijote, que se sienta a un lado del retablo, pero de manera que sólo se vean sus largas piernas. Durante esta escena se oye la SINFONÍA DE MAESE PEDRO (allegro, ma molto moderato e pesante) que sirve de introducción al espectáculo. Terminada ésta, grita Maese Pedro: "¡Sientense todos! ¡Atención, señores, que comienzo!"

Se oyen sonar atabales y trompetas, dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasa en tiempo breve, y luego alza la voz el muchacho, diciendo: "Esta verdadera historia que aquí a vuestras mercedes se representa, etc."

TEXTO

MAESE PEDRO. Vengan, vengan a ver vuestras mercedes el retablo de la libertad de Melisendra, que es una de las cosas de más ver que hay en el mundo!

—MAESE PEDRO. ¡Sientense todos! Atención, señores, que comienzo.
—TRUJAMÁN. Esta verdadera historia que aquí a vuestras mercedes se representa, es sacada de las Crónicas francesas y de los Romances españoles que andan en boca de las gentes. Trata de la libertad que dió el señor D. Gayferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros, en la ciudad de Sansueña. Verán vuestras mercedes como está jugando a las tablas don Gayferos, según aquello que se canta:

"Jugando está a las tablas don Gayferos,
Que ya de Melisendra se ha olvidado."

CUADRO PRIMERO

Sala en el palacio de Carlomagno. Don Gayferos está jugando a las tablas con Don Roldán. Luego (moderato e pomposo), precedido por heraldas y acompañándose mucho, entra el Emperador Carlomagno, desarrollándose la escena ya explicada por el Trujamán.

TEXTO

—TRUJAMÁN. Ahora verán vuestras mercedes como el Emperador Carlomagno, padre putativo de la tal Melisendra, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale a reñir, y después de advertirle del peligro que corría a su honra de no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo: "Harto os he dicho: miradlo" volviendo las espaldas y dejando despechado a don Gayferos, el cual, impaciente de la cólera, pide apriesa las armas, y a don Roldán su espada Durindana. Advertiant luego vuestras mercedes como don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa; pero el valeroso enojado no la quiere aceptar, antes dice que él solo basta para sacar a su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra. Y con esto se entra a armar para ponerse luego en camino.

Ahora veréis la torre del Alcázar de Zaragoza, y la dama que, en un balcón aparece. Es la sin par Melisendra que desde allí, muchas veces, se ponía a mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Verán también vuestras mercedes como un moro se llega por las de Melisendra y la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da en limpiárselos y cómo se lamenta, mientras el Rey Marsilio de Sansueña, que ha visto la insolencia del moro, su pariente y gran privado, le manda luego prender.

CUADRO SEGUNDO

Torre del Homenaje del alcázar de Sansueña (Zaragoza). Como fondo, grandes lejanías. Melisendra aparece asomada a un balcón de la Torre, en actitud extática. Un moro de aspecto grave y ricamente vestido (el Rey Marsilio) hace diferentes apariciones por una galería exterior del Palacio y que sube y conduce a la Torre del Homenaje.

Sin ser visto del Rey ni de Melisendra, llegase a ésta el moro, enamorado y le da un beso en mitad de los labios. Ella se dá gran prisa en limpiárselos, lamentándose a gritos del atrevimiento del moro. Acude el Rey Marsilio y hace prender por sus soldados al culpable.

Antes de empezar la representación del cuadro siguiente (el suplicio del Moro), el Trujamán, al explicar la acción, se abreve a hacer ciertas reflexiones sobre los procedimientos expeditivos de la justicia mora. Don Quijote es espectador pasivo hasta este momento, y cuyas piernas han traducido por movimientos nerviosos su protesta contra las palabras del Trujamán, se asoma al proscenio, y encarándose con el muchacho, le amonesta severamente.

Maese Pedro, sacando la cabeza por las cortinas del retablo, aconseja al Trujamán, volviendo a entrar en su escondite para reanudar la representación.

TEXTO

—TRUJAMÁN. Miren luego vuestras mercedes cómo llevan al moro a la plaza de la ciudad, con chilladores delante, y envaramiento detrás, y cómo luego le dan doscientos azotes, según sentencia del Rey Marsilio, ejecutada apenas había sido puesta en ejecución la culpa, porque entre moros no hay traslado a la parte, ni a prueba y estese, como entre nosotros.

—DON QUIJOTE. Niño, niño, seguid vuestra historia línea recta y no os metáis en las curvas y transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y reprobadas.

—MAESE PEDRO. Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te mande; sigue tu canto llano y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.

—TRUJAMÁN. Yo así lo haré.

—DON QUIJOTE. Adelante!

CUADRO TERCERO

Plaza de la ciudad, que invade la morisma. Llega el Moro culpable conducido por la guardia del Rey y precedido por vocadores, que leen al pueblo la sentencia condenatoria. Dos verdugos de feroz aspecto, provistos de largas varas, asotan al Moro con golpes alternados, que coinciden con los acentos rítmicos de la música. Cae el Moro, y los soldados se lo llevan a rastras, seguidos por los verdugos y la morisma.

TEXTO

—TRUJAMÁN. Miren ahora a don Gayferos que aquí aparece a caballo, camino de la ciudad de Sansueña.

CUADRO CUARTO

Don Gayferos, al trote de su caballo, aparece distintas veces desde la falda hasta la cumbre de una montaña, como siguiendo un camino de espiral. Va cubierto con una capa gascona y lleva en la mano un cuerno de caza, que tañe en los momentos indicados por la música.

—TRUJAMÁN. Ahora vereis a la hermosa Melisendra, que va vengada del trevimiento del enamorado moro, se ha puesto a los miradores de la torre y nabra con su esposo, creyendo que es algún pasajero, según aquello del Romance, que dice:

“Caballero, si a Francia ides,
por Gayferos preguntade”.

Vereis también cómo don Gayferos se descubre y qué alegres ademanes hace Melisendra al reconocerle; descolgándose luego del balcón, y cómo don Gayferos ase della, y poniéndola sobre las ancas de su caballo, toma de París la vía.

CUADRO QUINTO

Se representa la escena previamente narrada por el muchacho. Al comienzo del cuadro, Melisendra aparece de nuevo en la torre del Alcázar de Sansueña. Sobre un andante molto sostenuto, que inicia el arpa-laut, se desarrolla la acción, terminando con la fuga de Melisendra, montada a la grupa del caballo de Don Gayferos. Ambos desaparecen al trote.

Continúa el Trujamán su narración sobre el ritmo ya aplicado al trote del caballo (allegretto rítmico).

TEXTO

—TRUJAMÁN. Vais en paz, oh par sin par de verdaderos amantes; llegéis a salvamento a vuestra patria; los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Nestor sean) que os quedan de la vida.

—MAESE PEDRO. Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala!

CUADRO SEXTO

El Rey Marsilio corre presuroso en busca de sus guardias. Estos, que acuden al llamamiento, mandan tocar al arma, y la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan. Esta afirmación del Trujamán hace saltar a Don Quijote, asegurando con visible indignación que no se usan campanas entre moros, sino atabales y dulzainas.

Siguen las palabras con que Maese Pedro—reapareciendo por entre las cortinas del retablo—procura calmar a Don Quijote (allegretto quasi andante), excusando la impropiedad escénica. Convencido el caballero por las razones de Maese Pedro, la representación continúa.

Una gran muchedumbre desfila rápidamente por la escena, y el Trujamán, que va señalándolos con su varilla, dice: “Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes; cuántas dulzainas que tocan, cuántas trompetas que suenan, cuántos atabales y atambores que retumban. ¡Témome que los han de alcanzar y los han de volver atados a la cola de su mismo caballo!”.

Viendo y oyendo tanta morisma y tanto estruendo, Don Quijote pónese de un brinco junto al retablo, y desvainando la espada grita: “¡Deteneos, mal nacida canalla, no les sigáis, ni persigáis: si no, conmigo sois en la batalla!”.

TEXTO

—TRUJAMÁN. Miren vuestras mercedes cómo el Rey Marsilio, enterado de la fuga de Melisendra, manda tocar al arma, y con qué prisera, que la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan.

—DON QUIJOTE. ¡Eso no, que es un gran disparate, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y dulzainas!

—MAESE PEDRO. No mire vuestra merced en niñerías, señor Don Quijote. ¡No se representan casi de ordinario mil comedias llenas de mil disparates, y con todo eso siguen felicísimamente su carrera, y hasta se escuchan con admiración?

—DON QUIJOTE. Así es la verdad.

—MAESE PEDRO. Prosigue, muchacho.

—TRUJAMÁN. Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes. ¡Cuántas dulzainas que tocan, cuántas trompetas que suenan, cuántos atabales y tambores que retumban! Témome que los han de alcanzar y los han de volver atados a la cola de su mismo caballo!

—DON QUIJOTE. Deteneos, mal nacida canalla, no les sigáis ni persigáis: si no conmigo sois en la batalla.

FINAL

Con acelerada y nunca vista furia comienza el caballero a llover cuchilladas, estocadas, reverses y mandobles sobre la titerera morisma, derribando y descabezando a unos, estropeando y destrozando a otros, y dando, entre muchos, un altibajo tal, que pone en peligro la cabeza de Maese Pedro, quien, fuera ya de su escondite, se encoge y agazapa para evitar los golpes. Aparecen en escena cuantos han presenciado la representación, entre ellos Sancho Panza, haciendo gestos de grandísimo pavor. Don Quijote, sin reparar en ellos, dirigiéndose a los fugitivos, proclama su personalidad, y al invocar a Dulcinea queda como en éxtasis, la mirada en alto, entonando un canto a la señora de sus pensamientos. Pero pronto vuelve a su anterior exaltación, y, dirigiéndose ahora a los presentes, evoca las glorias de la andante caballería

mientras Maese Pedro, desolado y abatido, contempla la figura de Carlomagno, que tiene en sus manos, partida en dos la cabeza y la corona.

Así termina la obra.

TEXTO

—DON QUIJOTE. Non fuyades, cobardes, malandrines y viles criaturas, que un solo caballero es el que os aconete.

—MAESE PEDRO. ¡Deténgase, deténgase vuesa merced, mi señor Don Quijote; mire que me destruye toda mi hacienda!

—DON QUIJOTE. ¡Oh bellaco villano, malmirado, atrevido y deslenguado!

—MAESE PEDRO. Desgraciado de mi!

—DON QUIJOTE. Y vosotros, valeroso don Gayferos, hermosa y alta señora Melisendra, y a la soberbia de vuestros perseguidores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo, y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote, caballero y cautivo de la sin par y hermosa Dulcinea! (MAESE PEDRO: ¡Pecador de mi!). Oh Dulcinea, señora de mi alma; día de mi noche, gloria de mis penas; norte de mis caminos! (MAESE PEDRO: ¡Desdichado del padre que me engendró; cuitado de mi) dulce prenda y estrella de mi ventura. Oh vosotros, valerosa compañía; caballeros y escuderos; pasajeros y viandantes, gentes de a pie y a caballo. Miren si no me hallara aquí presente, ¿qué fuera del buen don Gayferos y de la hermosa Melisendra? Quisiera yo tener aquí delante aquellos que no creen de cuanto provecho sean los caballeros andantes! Dichosa edad y siglos dichosos aquellos que vieron las fazañas del valiente Amadís, del esforzado Felixmarte de Hircania, del atrevido Tirante el Blanco; del invencible don Belianis de Grecia, con toda la caterva de innumerables caballeros, que con sus desafíos, amores y batallas, llenaron el libro de la Fama! (MAESE PEDRO: ¡Santa María!) En resolución: ¡Viva, viva la andante caballería sobre todas las cosas que hoy viven en la tierra!